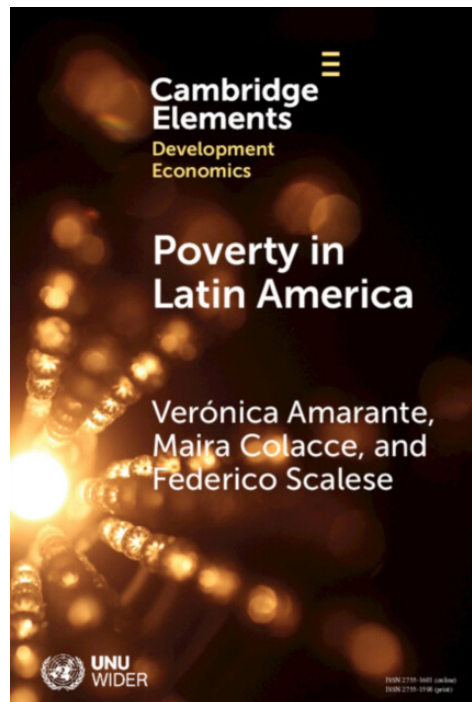


Poverty in Latin America: Feelings/Perceptions vs Material Conditions¹, de Verónica Amarante, Maira Colacce y Federico Scalese

Ernesto Espíndola y Carlos Maldonado Valera²

La medición de la pobreza es uno de los pilares fundamentales de la agenda de desarrollo sostenible. Tradicionalmente, este esfuerzo ha estado dominado por enfoques objetivos que, principalmente a través de métricas monetarias como el ingreso o el consumo, intentan cuantificar de manera indirecta la privación material. Según el paradigma monetario, un hogar es pobre si su ingreso per cápita se encuentra por debajo de una línea de pobreza determinada, ya sea el costo de una canasta básica (método absoluto) o un porcentaje de la mediana del ingreso nacional (método relativo). Por otro lado, en la región también se ha extendido el uso de métodos directos de carácter multidimensional para medir múltiples privaciones y definir así el umbral de pobreza a partir de un número mínimo de privaciones. Más allá del nivel general que alcanza esta privación material, el análisis de cómo afecta con más o menos frecuencia a distintos grupos de población también es central para caracterizar la elevada desigualdad en la región, entendida como un fenómeno de carácter multidimensional que se expresa en diversas dimensiones del bienestar y los derechos, y que conforma la matriz de la desigualdad social (Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], 2016). Más aún, el desafío de erradicar la pobreza, que es la manifestación más extrema de la desigualdad (CEPAL, 2025), requiere métricas cuantificables que permitan guiar la definición de criterios mínimos en relación con las prestaciones y los beneficios de las políticas sociales.

Estos enfoques indispensables para el diseño de políticas y el seguimiento de tendencias también han sido objeto de críticas, en particular porque ignoran una dimensión fundamental: la percepción que las personas tienen de su propio nivel de bienestar. En un momento en el que se experimentan un evidente malestar social e importantes déficits de bienestar, cohesión social y goce efectivo de derechos en los países de la región, es necesaria una mirada que incorpore las necesidades y aspiraciones



¹ Amarante, V., Colacce, M. y Scalese, F. (2025). *Poverty in Latin America: Feelings/Perceptions vs Material Conditions*. Cambridge University Press.

² Los autores de esta reseña son funcionarios de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

subjetivas de las personas. En ese sentido, la comprensión de cómo la pobreza, desde esta mirada subjetiva, afecta a distintos grupos de población también es central para orientar estrategias integrales de política que enfrenten la trampa de la alta desigualdad, baja movilidad social y débil cohesión social que caracteriza a la región (CEPAL, 2024).

Este contexto de debate teórico y metodológico sirve de marco para el notable estudio de Verónica Amarante, Maira Colacce y Federico Scalese, *Poverty in Latin America: Feelings/Perceptions vs Material Conditions*, en el que se comparan de manera rigurosa y sistemática la pobreza medida con enfoque monetario y la pobreza subjetiva en siete países de América Latina: Brasil, Colombia, Ecuador, El Salvador, Paraguay, Perú y Uruguay. El objetivo central del estudio consiste en obtener líneas de pobreza subjetiva a partir de encuestas de hogares, contrastarlas con las líneas de pobreza monetaria y examinar los factores que explican las divergencias, en particular las características y posibles determinantes de quienes sienten que viven en la pobreza, a pesar de que, según las medidas objetivas, no se clasifican como pobres.

El estudio se estructura en nueve secciones, más un anexo estadístico, que guían al lector desde los fundamentos teóricos hasta las consecuencias en materia de política pública. Como punto de partida, se realiza un exhaustivo recorrido del enfoque objetivo, de sus orígenes en los trabajos pioneros de Booth (1902) y Rowntree (1901) a su formalización en la economía del bienestar, y se discuten conceptos clave, como la función de utilidad, las líneas de pobreza consistentes con el bienestar y los métodos más comunes para su construcción: el método de ingesta de energía alimentaria y el del costo de las necesidades básicas. Además, sintetiza las críticas más contundentes dirigidas a este enfoque. A partir de la literatura especializada, los autores demuestran que la “objetividad” es, en gran medida, una pretensión. La construcción de una línea de pobreza está plagada de juicios de valor y decisiones metodológicas en parte arbitrarias, desde la definición de los requerimientos nutricionales y la selección de una canasta básica hasta el ajuste por economías de escala y diferencias regionales.

Con tales limitaciones, el enfoque subjetivo se revela como un complemento necesario, pues parte de la premisa de que los individuos son los jueces más calificados de su propia situación. El estudio se centra en la metodología de la pregunta de ingreso mínimo, que plantea directamente: ¿Cuál es el ingreso mensual mínimo que usted estima necesario para que su hogar pueda cubrir sus necesidades básicas?. A partir de las respuestas, se construye un modelo econométrico para estimar una línea de pobreza subjetiva específica para cada hogar, en función de sus características (como tamaño, composición del hogar y educación del jefe de hogar). Este método, desarrollado originalmente por Goedhart et al. (1977) en la década de 1970, ofrece un puente metodológico sólido entre la objetividad de la métrica monetaria y la subjetividad de la autopercepción. El estudio no elude las críticas a este enfoque, y aborda problemas como la posible influencia del estilo de vida en las respuestas, la inconsistencia entre el ingreso declarado en la encuesta y el que el encuestado tiene en mente al responder, o los sesgos cognitivos en la formulación de las preguntas.

Tras desarrollar los aspectos metodológicos de la construcción de ambas líneas de pobreza, se presenta una revisión de la literatura previa sobre pobreza subjetiva, tanto internacional como en América Latina, y se muestra la falta de análisis comparativos regionales. La mayoría de los estudios previos se centran en países desarrollados o en casos aislados de la región, por lo que este trabajo tiene carácter pionero.

En cuanto a las fuentes de datos y los aspectos metodológicos de la investigación, se utilizan encuestas de ingresos y gastos de los hogares (o de condiciones de vida) de los siete países, con años de referencia que van desde 2005 y 2006 (El Salvador) hasta 2018 (Perú). Esta heterogeneidad temporal es una limitación reconocida por el estudio, pero no invalida el análisis comparativo de las estructuras y relaciones entre ambos tipos de medición. La elección de las líneas de pobreza objetiva nacionales, en lugar de líneas internacionales comparables como las de la CEPAL o el Banco Mundial,

es una decisión metodológica clave y acertada, ya que estas reflejan mejor la comprensión social y política de la pobreza en cada contexto nacional, aunque dificulten las comparaciones directas de niveles. Para fortalecer la robustez de los resultados, el estudio realiza también sus análisis con las líneas internacionales, lo que confirma la solidez de los principales hallazgos.

Uno de los hallazgos iniciales indica que, en casi todos los países analizados, la línea de pobreza subjetiva promedio es superior a la línea de pobreza objetiva nacional, con diferencias que van desde un 8% en el Paraguay hasta un sorprendente 167% en el Ecuador (y el 0% en el Perú). Por tanto, la incidencia de la pobreza subjetiva es sistemáticamente mayor, si bien las brechas varían considerablemente. Este resultado confirma la tendencia observada en la literatura internacional y plantea una interrogante fundamental, a saber, ¿por qué tantas personas se sienten pobres a pesar de tener ingresos superiores al umbral oficial?

El análisis del solapamiento entre ambas medidas es particularmente revelador. Los autores identifican cuatro grupos: los pobres según ambas medidas, los no pobres según ambas medidas, y dos grupos en discordancia: los “objetivamente pobres, pero subjetivamente no pobres” (una minoría) y los “objetivamente no pobres, pero subjetivamente pobres” (una proporción sustancial de la población). Este último grupo es el foco de atención del resto del estudio. El análisis por quintiles de ingreso muestra que dicho grupo se concentra, sorprendentemente, en los quintiles medios (segundo y tercero), es decir, en lo que podría considerarse la “clase media baja”. Esto sugiere que la percepción de pobreza no es un fenómeno que afecte solo a los más pobres, sino también a aquellos que, aunque han superado la línea de la pobreza extrema, viven en una situación de vulnerabilidad e inseguridad económica que moldea su autopercepción.

Para encontrar los determinantes de esta discrepancia, el estudio utilizó modelos probit. Los resultados, congruentes en todos los países, apuntan a un factor clave: la inseguridad económica. Entre los hogares no pobres objetivamente, la probabilidad de sentirse pobre aumenta significativamente cuando la jefatura de hogar está desempleada o trabaja informalmente, y disminuye cuando cuenta con seguro de salud. La posesión de activos y las buenas condiciones de la vivienda actúan como protectores contra la pobreza subjetiva, lo que subraya la importancia de la acumulación de patrimonio como amortiguador de la percepción de vulnerabilidad. Un hallazgo novedoso y de gran relevancia es la asociación entre desequilibrio financiero y pobreza subjetiva: los hogares que gastan más de lo que ganan (un indicador de desahorro o endeudamiento) tienen una probabilidad mucho mayor de sentirse pobres. Este resultado sugiere que la experiencia de no poder llegar a fin de mes, o de tener que recurrir al crédito para cubrir gastos corrientes, es un potente generador de incertidumbre y malestar económico, independientemente del nivel absoluto de ingreso.

Resulta revelador que, en oposición a la hipótesis del “estigma del bienestar”, el estudio encuentra que ser beneficiario de programas de transferencias condicionadas se asocia con una menor probabilidad de pobreza subjetiva. Si bien se discuten posibles sesgos en las respuestas —ya que, al responder la pregunta de ingreso mínimo, es posible que los beneficiarios no consideren tales transferencias como parte de su ingreso—, este resultado abre la puerta a una interpretación más optimista: los programas sociales no solo alivian la privación material, sino que también proporcionan una sensación de seguridad y estabilidad que reduce la percepción de pobreza.

Por último, se explora la relación entre los patrones de consumo y la pobreza subjetiva, con resultados bastante intuitivos: entre las personas que no están en situación de pobreza objetiva, quienes destinan una mayor proporción de su gasto a necesidades básicas, como alimentación y vivienda (un patrón de consumo restrictivo), tienen más probabilidades de sentirse pobres; sin embargo, una mayor proporción de gasto en bienes y servicios asociados a la participación social y al estatus (como vestimenta, recreación, restaurantes y comunicación) se asocia con una menor probabilidad de pobreza subjetiva. Este resultado coincide directamente con la literatura sociológica que ve en el consumo una herramienta de construcción de identidad y un marcador de estatus social.

En cuanto a las lecciones en materia de política pública, el mensaje central es que las estrategias de alivio de la pobreza no pueden limitarse a aumentar los ingresos, sino que deben integrar medidas subjetivas y objetivas para captar las dimensiones de vulnerabilidad e inseguridad económica y abordar los factores que las generan. Estas lecciones también son un llamado a que dichas estrategias consideren sistemáticamente los hogares vulnerables situados justo por encima o cerca de las líneas de pobreza objetiva. Esto entraña fortalecer los sistemas de protección social, mediante la ampliación de la cobertura ante múltiples riesgos, comenzando por la salud y la formalidad laboral; promover la acumulación de activos, por medio del acceso a la vivienda y al ahorro, y diseñar intervenciones que consideren la multidimensionalidad del bienestar, donde la percepción y la experiencia vivida importan tanto como las métricas objetivas. De cara al futuro, más allá de las líneas de investigación ya especificadas por este estudio, sería interesante realizar un ejercicio similar que analice el cruce entre pobreza subjetiva y pobreza multidimensional, en especial para determinar, a nivel nacional y regional, las carencias asociadas a los distintos grupos identificados.

Bibliografía

- Booth, C. (1902). *Life and Labour of the People in London*. Macmillan.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2016). *La matriz de la desigualdad social en América Latina* (LC/G.2690(MDS.1/2)).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2024). *América Latina y el Caribe ante las trampas del desarrollo: transformaciones indispensables y cómo gestionarlas* (LC/SES.40/3-P/-*).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2025). *Panorama Social de América Latina y el Caribe, 2025* (LC/PUB.2025/23-P).
- Goedhart, T., Halberstadt, V., Kapteyn, A. y van Praag, B. (1977). The poverty line: concept and measurement. *Journal of Human Resources*, 12(4). University of Wisconsin Press.
- Rowntree, B. S. (1901). *Poverty: A Study of Town Life*. Macmillan.